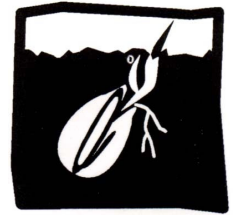


3.º domingo de Cuaresma C

***Dios dijo a Moisés: – "Soy el que soy".
Este es mi nombre para siempre:
así me llamaréis de generación en generación.
(Ex 13,14.15)***



Primera lectura

Exodo 3,1-8a.13-15

En aquellos días, pastoreaba Moisés el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse.

Moisés se dijo: – Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver cómo es que no se quema la zarza.

Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza: – Moisés, Moisés.

Respondió él: – Aquí estoy.

Dijo Dios: – No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado.

Y añadió: – Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.

Moisés se tapó la cara, temeroso de ver a Dios.

El Señor le dijo: – He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel.

Moisés replicó a Dios: – Mira, yo iré a los israelitas y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntan cómo se llama este Dios, ¿qué les respondo?

Dios dijo a Moisés: – "Soy el que soy". Esto dirás a los israelitas: "Yo soy" me envía a vosotros.

Dios añadió: – Esto dirás a los israelitas: El Señor Dios de vuestros padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación.

Segunda lectura

1 Corintios 10,1-6.10-12

Hermanos y hermanas: No quiero que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo. Pero la mayoría de ellos no agradaron a Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto.

Estas cosas sucedieron en figura para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo hicieron nuestros padres.

No protestéis como protestaron algunos de ellos, y perecieron a manos del Exterminador.

Todo esto les sucedía como un ejemplo: y fue escrito para escarmiento nuestro, a quienes nos ha tocado vivir en la última de las edades. Por lo tanto, el que se cree seguro, ¡cuidado no caiga!

En aquella ocasión se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: – ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.

Y les dijo esta parábola: Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Dijo entonces al viñador: – Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?

Pero el viñador contestó: – Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortarás.

Meditación

Los dos unidades del presente texto continúan refiriéndose al tema de la urgencia escatológica. El riesgo de la muerte nos rodea y, por lo tanto, es necesario hallarse prevenidos ante la posibilidad de una pérdida irreparable. Nos rodea el riesgo; por eso es necesario convertirse y dar los verdaderos frutos. La primera indicación del riesgo de muerte nos remite a la situación política. La segunda indicación recuerda una catástrofe imprevista.

Jesús ha interpretado estos hechos ofreciéndonos varias lecciones fundamentales. La primera se refiere al orden moral y va en contra de un providencialismo vulgar que supone que la muerte o la desgracia acecha a los culpables. Expresamente se afirma que los muertos no tienen que ser más pecadores que los otros. No se puede confundir a Dios con una especie de juez o de maestro que sanciona inmediatamente las acciones de los hombres, premiando externamente a los buenos y castigando a los malos. El juicio de Dios no se traduce en forma de sanción intramundana.

Hay otro detalle significativo. Los que han muerto ajusticiados por Herodes eran en cierto modo unos "culpables". Desde un punto de vista político son rebeldes que han aprovechado el momento oportuno para manifestarse en contra del poder establecido, sufriendo los efectos de una represión violenta. A los ojos de Roma, su muerte era un castigo y escarmiento. Pues bien, Jesús no les condena. No es que apruebe su revuelta, pero tampoco la rechaza. Jesús no condenó a los galileos por rebeldes. Pero tampoco los considera unos héroes religiosos que podían salvar a la humanidad con su gesto de protesta y con su muerte. Para él se trataba de unos hombres que habían muerto aplastados por una desgracia de este mundo, la desgracia de una situación política que se cierne amenazante sobre el pueblo, lo mismo que una torre mal construida se cierne sobre la multitud que se congrega a sus pies, sembrando allí la muerte.

La desgracia de una política que conduce a la violencia, represión y muerte, la desgracia de una civilización que puede aplastar a los que la construyen son un signo de la precariedad del hombre sobre el mundo. Esos ejemplos han servido a Jesús para mostrar que toda nuestra vida está montada sobre un riesgo: el juicio de Dios que se avecina.

Ante ese riesgo del juicio sólo existe una actitud, la conversión. Conversión significa vivir abiertos al misterio del reino como don de amor y como urgencia de un cambio, de una entrega de amor para los otros. Sin ese cambio, llegará la muerte hasta nosotros como "pérdida" (como fracaso escatológico, como destrucción de nuestra verdadera realidad o como infierno). Si estamos convertidos, la muerte física será camino hacia el misterio, hacia la vida de Dios que ya tenemos.

Es tiempo de conversión. Miradas las cosas desde fuera, parece que ya se han quemado todas las etapas. Dios nos ha cuidado una y otra vez; como un árbol que parece totalmente incapaz de dar sus frutos. Sin embargo, el jardinero siente lástima. Dios se apiada de los hombres y les cuida una vez más por medio del mensaje y la esperanza de Jesús. Si no respondemos a esos cuidados el hacha de la destrucción se cernirá sobre nosotros.